

la atención del pueblo. Louvet suspende un momento su discurso, como para dejar caer todo su peso sobre el acusado y sobre el pensamiento de los jueces. Continúa, volviéndose con una expresión de desprecio al lado de Marat: «Pero en medio de vosotros hay otro hombre que no mancharé mi lengua nombrándole, un hombre á quien no tengo necesidad de acusar, porque él mismo no ha temido decirnos que, en su opinión, es aún necesario hacer caer doscientas sesenta mil cabezas... ¡Y este hombre está en medio de vosotros! Francia se avergüenza de ello, y Europa se admira de vuestra prolongada debilidad. Pido que expidais contra Marat un decreto de acusación».

VI

Bajó de la tribuna Louvet en medio de los aplausos; unos celebraban su elocuencia, otros su valor; aquéllos por odio á Robespierre y éstos por odio á Marat, parecía que el alma del orador había pasado á la Asamblea. Hasta las tribunas, por lo regular vendidas á la municipalidad y disciplinadas al gesto de Robespierre, quedaron consternadas con el eco de aquella voz, y creían ver en la Convención, puesta en pié, á Francia levantarse en masa contra la tiranía de Paris, y arrancar el poder sangriento de manos de los dueños del ayuntamiento. Robespierre, instruido por una primera derrota de la insuficiencia de una palabra improvisada contra una acusación meditada y pulida de antemano, pidió que se le concediesen algunos días para preparar su defensa. La Asamblea accedió con una indulgencia harto semejante al desprecio.

Al día siguiente, Barbaroux agravó y detalló los complots de Robespierre.

Temblaron por su ídolo los jacobinos y las secciones; el pueblo se paseaba todas las noches despues de estos discursos alrededor de la casa de Robespierre, y en los barrios se circuló la noticia de que había sido asesinado. No se le había visto ni en los Jacobinos ni en la Convención despues de la denuncia de Louvet, á la que debía responder el lunes 5 de Noviembre. Las tribunas de la Convención, sitiadas desde el amanecer por los grupos de los dos partidos, estaban divididas en dos campos, que preludiaban el combate de las palabras con los gestos y las amenazas. Por fin, el presidente llamó á Robespierre á la tribuna, adonde subió más palido que nunca. Esperando se restableciese el silencio, sus dedos convulsivos herian la tribuna como el músico que distraido juguetea con las teclas de un piano. Ningun gesto, ninguna afectuosa sonrisa le animaba en la Asamblea: todas las miradas eran hostiles, todas las bocas desdeñosas, todos los corazones estaban cerrados. Principió con una voz chillona, en la que se conocía el temblor de la cólera, ahogado por la decencia de la sangre fria.

«¿De qué soy acusado, ciudadanos?—dijo despues de haber hecho un corto llamamiento á la justicia de sus colegas.—De haber conspirado para llegar á la dictadura, al tribunado ó al triunvirato. Se convendrá en que si semejante proyecto fuese criminal, sería aún más atrevido; porque para ejecutarle era necesario por de pronto derribar el trono, anonadar la legislación, y sobre todo, impedir la formación de una Convención nacional. Pero entónces, ¿cómo he sido el primero en mis discursos y en mis escritos que apelé á una Convención nacional como el único remedio á los males de la patria? Para llegar á la dictadura era necesario por de pronto ser dueño de Paris y sujetar los departamentos. ¿Dónde están mis tesoros?

¿dónde mis ejércitos? ¿dónde los grandes destinos de que estoy provisto? Todo esto está en manos de mis acusadores. Para que su acusación pudiese adquirir el menor carácter de verosimilitud, sería necesario demostrar ántes de todo que yo estaba completamente loco. Y si estaba loco, quedaria aún por explicar por qué hombres sensatos pudieron haberse tomado el trabajo de componer tan bellos discursos, tan bellos anuncios, y desplegar tantos esfuerzos para presentarme á la Convención nacional como el más peligroso de todos los conspiradores. Vamos á los hechos. ¿Qué me reprochan? ¿La amistad de Marat? Podria hacer mi profesión de fe sobre Marat, sin decirnos ni más bien ni más mal que lo que yo pienso de él; pero no sé hacer traición á mi pensamiento por adular la opinión reinante. He tenido en 1792 una sola conversacion con Marat; le reprendí una exageración y una violencia que perjudicaban á la causa que él podía servir; declaró al separarse que no había hallado en mí *ni las miras ni la audacia de un hombre de Estado*. Estas palabras responden á las calumnias de los que quieren confundirme con ese hombre. ¿No me hice bastantes enemigos con mis combates por la libertad, que aún es preciso imputarme excesos que siempre he evitado, y opiniones que no he cesado de condenar? Pero he hablado, dicen, sin descanso en los Jacobinos, y he ejercido una influencia exclusiva sobre aquel partido. Desde el 10 de Agosto no subí diez veces á la tribuna de los Jacobinos; ántes de ese día trabajé con ellos en preparar la santa insurrección contra la tiranía y la traición de la corte y de Lafayette; pero los Jacobinos entónces eran la Francia revolucionaria, y vosotros que me acusais estábais con Lafayette. Los Jacobinos no seguian vuestros consejos, y vosotros quisierais hacer servir la Convención nacional para vengar las desgracias de vuestro amor propio. Lafayette también pedía decretos contra los Jacobinos. ¿Quereis, como él, dividir el pueblo en dos pueblos, el uno adulado, y el otro insultado é intimidado, los hombres honrados, y los *sans-culottes* ó canalla? Pero ¿yo he aceptado el título de empleado municipal? Respondo, por de pronto, que abdiqué desde el mes de Enero de 1791 el empleo lucrativo, y de ningun modo peligroso, de acusador público. ¿Entré en la sala como dueño? Es decir, que al entrar fuí á hacer justificar mis poderes en la mesa. Hasta el 10 de Agosto no fuí nombrado. Estoy muy lejos de pretender arrebatarse el honor del combate y de la victoria á aquellos que estaban en la municipalidad ántes que yo en aquella noche terrible, que armaron á los ciudadanos, dirigieron los movimientos, desconcertaron la traición, arrestaron á Mandat, que llevaba órdenes péfidas de la corte. Dicen que había intrigantes en el Consejo general. ¿Quién lo sabe mejor que yo? Están en el número de mis enemigos. ¿Se achacan á este cuerpo arrestos arbitrarios? Cuando el cónsul de Roma ahogó la conspiración de Catilina, Clodio le acusó de haber violado las leyes. He visto aquí tales ciudadanos, que no son Clodios, pero que algun tiempo ántes del día 10 de Agosto habían tenido la prudencia de refugiarse fuera de Paris, y que denuncian, despues que ella ha triunfado por ellos, á la municipalidad. ¿Actos ilegales? ¿Se salva la patria con el código criminal en la mano? ¿Por qué no nos criticais también el haber roto las plumas mercenarias, cuyo oficio era propagar la impostura y ultrajar la libertad? ¿Por qué no nos acusais también de haber relegado los conspiradores fuera de Paris, y de haber desarmado á nuestros enemigos? Todo esto era sin duda ilegal, sí, ¡ilegal como la caída de la Bastilla, ilegal como la caída del trono, ilegal como la libertad!

» Ciudadanos, ¿quereis una revolucion sin revolucion? ¿Cuál es ese espíritu de persecucion que quiere revisar, por decirlo así, la que ha roto nuestras cadenas? ¿Y quién puede, despues del golpe, señalar el punto preciso donde debian romperse las olas de la insurreccion popular? ¿Qué pueblo á tal precio podria nunca sacudir el despotismo? ¿Los hombres del 10 de Agosto no podrian decir á sus acusadores: «Si nos negais, negad tambien la victoria; tomad de nuevo vuestro yugo, » vuestras leyes y vuestro antiguo trono, restituidnos con la sangre que hemos deramado el precio de nuestros sacrificios y de nuestros combates?» Con respecto á los dias 2 y 3 de Setiembre, aquellos que han dicho que yo habia tenido la menor parte en tales acontecimientos, son hombres ó bien crédulos ó bien perversos. Abandono su alma á los remordimientos, si los remordimientos pueden suponer un alma. ¡En aquella época yo habia dejado de sentarme en la municipalidad, y estaba encerrado en mi casa!...»

Robespierre explica, sin justificar aquellos horrores, la conexion del 10 de Agosto y del 2 de Setiembre, y la imposibilidad que tenia el ayuntamiento de prevenir las consecuencias de la agitacion general.

«Se asegura que un inocente ha perecido, ¡uno solo! ¡Es sin duda demasiado! Ciudadanos, llorad esta equivocacion cruel, nosotros ya la hemos llorado mucho tiempo; ¡era un buen ciudadano, uno de nuestros amigos! Llorad tambien las victimas culpables reservadas á las venganzas de las leyes, y que cayeron bajo los golpes de la justicia popular. Pero que vuestro dolor tenga un término, como todas las cosas humanas; guardemos algunas lágrimas para calamidades que enternecen más. ¡Llorad cien mil patriotas inmolados por la tiranía, llorad nuestros ciudadanos espirando bajo sus abrasados techos, y los hijos de los ciudadanos degollados en la cuna ó en los brazos de sus madres! ¿No teneis tambien hermanos, hijos y esposas que vengar? ¡La familia de los legisladores franceses es la patria, es el género humano entero, ménos los tiranos y sus cómplices!... La sensibilidad que gime casi exclusivamente por los enemigos de la libertad me es sospechosa. Cesad de agitar bajo mis ojos el manto sangriento del tirano, ó creeré que quereis volver á poner á Roma en sus cadenas. Calumniadores eternos, ¿quereis vengar el despotismo? ¿Quereis ajar la cuna de la república? Sepultemos — dice Robespierre concluyendo — esos despreciables manejos en un olvido eterno. Por mi parte, no tomaré ninguna resolucion que me sea personal. Renuncio á la justa venganza con que tendria el derecho de perseguir á mis calumniadores. No quiero más venganza que el restablecimiento de la paz y de la libertad. ¡Ciudadanos, recorred con paso firme y rápido vuestra soberbia carrera, y pueda yo, á expensas de mi vida y hasta de mi reputacion, concurrir con vosotros á la gloria y á la dicha de nuestra patria comun!»

Apénas acabó de hablar Robespierre, cuando Louvet y Barbaroux, impacientes por los aplausos que la Asamblea y los espectadores prodigaban al orador y al discurso, se lanzaron á la tribuna para contestar; pero la Convencion ya habia votado la impresion del discurso. Lo inútil de las acusaciones, la moderacion de las conclusiones de Robespierre, la necesidad de extinguir, si era posible, un fuego que amenazaba incendiar la opinion pública, todo apuraba á la Convencion para que terminase el debate. A los ojos de Vergniaud, de Petion, de Brissot, de Condorcet, de Gensonné y de Guadet, los más prudentes de los girondinos, su

enemigo habia salido de la contienda demasiado grande, y les repugnaba engrandecerle más.

Vió Marat su propia victoria en la de Robespierre, á pesar de las dulcificadas denegaciones de que habian sido objeto sus opiniones. Danton triunfó en su interior, viendo justificar la dictadura de la municipalidad, y cubrir los crímenes de Setiembre con la bandera de la salvacion pública. Robespierre habia disculpado á Danton, y el partido indeciso de la Convencion, en cuyo centro estaba Barere, temió tener que desdecirse, alegrándose de humillar á los girondinos sin tener que declarar inocentes á sus enemigos. A todos les convenia el silencio, excepto á los acusadores. Mas Barbaroux, indignado con la obstinada negativa de la palabra que se opone á sus súpli-



Entrevista de Dumouriez y Marat.—Pág. 169.

cas y á las de Louvet, deja su asiento y baja á la barra con objeto de obtener la palabra como ciudadano, ya que se le niega como diputado. «¡Me oireis,—exclamó golpeando con ambas manos la baranda, como para hacer violencia á la Convencion,—me oireis! Si no me óis, ¿seré reputado calumniador? Pues bien, yo grabaré mi denuncia sobre el mármol.»

Los murmullos, los sarcasmos y las risotadas de las tribunas no dejan oír á Barbaroux. Se le acusa de envilecer el carácter de representante del pueblo, despojándose de él para acusar individualmente á un enemigo. Barere, uno de esos hombres que observan mucho tiempo la fortuna, con objeto de no pronunciarse á la ventura, y que nunca se comprometen bastante para ser arrastrados en la caída

del partido mismo que han adoptado, se levantó para pedir la palabra. Joven, de formas elegantes, alto, de gesto desembarazado, con un estilo flúido, se veía en sus facciones aquella mezcla de reserva y de atrevimiento que caracteriza los Sejans, cubriendo todo el exterior de la inspiración, todo el cálculo del egoísmo. Estos hombres son los sabuesos de los grandes ambiciosos; pero antes de entregarse á ellos quieren hacer conocer su importancia con objeto de que se les aprecie más. Tal era Barere; carácter propio de la comedia elevada lanzado, por una equivocación del destino, en la tragedia.

Barere había nacido en Tarbes, de una familia respetable; abogado en Tolosa, literato en Paris, adornando su nombre plebeyo con el nombre de Vieuzac, había traído del fondo de su provincia aquel nombre, aquellas maneras y aquel lenguaje que abrían los salones, y que eran entonces una especie de candidatura natural á toda clase de fortuna. Madama de Genlis le acogió é introdujo en la familiaridad del duque de Orleans, y este príncipe, con objeto de atraerle á su casa, le confió la tutela de una joven inglesa sumamente bella, que pasaba por su hija natural. Madama de Genlis cuidaba á aquella pupila como una madre. Esta joven se llamaba Pamela. Barere era agraciado y elocuente, pareciéndose su filosofía sentimental á una parodia de Bernardino de Saint-Pierre. El colorido pastoral de las montañas donde había nacido se reflejaba en sus escritos. Los salones, los teatros y las academias afectaban entonces aquella desidia que era como la languidez de la agonía de aquella moribunda sociedad, que creía rejuvenecerse haciéndose pueril; puerilidad de la vejez. Barere, Robespierre, Couthon, Marat y Saint-Just, todas estas almas tan acres habían principiado por ser empalagosos.

Bailly, Mirabeau y el duque de Orleans fueron los patronos de Barere á fin de que le nombrasen para la Asamblea nacional, donde desempeñó con asiduidad y talento un papel más literato que político; había sembrado sus numerosas relaciones de máximas filosóficas, redactado despues *La Aurora (Point du Jour)*, y sido uno de los primeros que pidieron la república cuando vieron titubear al trono. En el día 10 de Agosto, enviado con Gregoire á esperar al rey en el jardín de Tullerías, llevó en sus brazos con cariño al joven Delfin. Nombrado para la Convención, parecía debían unirle á los girondinos sus opiniones republicanas, sus estudios, sus relaciones, su origen meridional y su talento más florido que popular; y efectivamente, se inclinaba á su lado en los primeros días; creía en su genio y admiraba su elocuencia, conocía la dignidad de su espíritu y le agradaba la moderación de su sistema. Pero había visto la fuerza del pueblo el 10 de Agosto y el 2 de Setiembre, y la mirada del leon le había fascinado. Temía á Marat, Danton le admiraba, y desconfiaba de Robespierre. La estrella de estos tres hombres podía sufrir muchos cambios, y no quería ofrecerse como víctima á su venganza, si llegaban á triunfar.

Se había colocado á igual distancia de los dos partidos, en el centro, que se llamaba la Llanura, alternativamente mediador ó auxiliar, segun los hombres, el día y la mayoría. Esta Llanura, compuesta de hombres prudentes ó medianos, que callaban por prudencia ó por mediocridad, tenía necesidad de un orador, y Barere se ofreció á serlo. Se levantaba por primera vez, y se hallaba en su actitud y en sus palabras toda la incertidumbre equívoca de las almas que tomaban prestada su voz.

«Ciudadanos,—dice Barere,—al ver bajar á la barra á Barbaroux, uno de nuestros colegas, no puedo ménos de oponerme á que se le oiga. ¿Quiere ser peticionario? En este caso, olvida que debe juzgar como diputado las peticiones que formulase como ciudadano. ¿Quiere ser acusador? No en la barra, sino aquí ó delante de los tribunales debe explicarse. ¿Qué significan todas estas acusaciones de dictadura ó de triunvirato? No demos importancia á hombres que la opinión pública sabrá colocar en su lugar. No hagamos pedestales á pigmeos. Ciudadanos, si existiese en la república un hombre nacido con el genio de César ó con la audacia de Cromwell, un hombre que con el talento de Syla tuviese sus peligrosos medios, sería temible y yo me presentaría á acusarle ante vosotros. Si existiese aquí un legislador de un gran genio ó de una vasta ambición, preguntaría lo primero de todo si tiene un ejército á sus órdenes ó un tesoro público á su disposición, un gran partido en el senado ó en la república; pero hombres de un día, pequeños empresarios de revoluciones, políticos que jamás entrarán en el dominio de la historia, no han nacido para ocupar el tiempo precioso que debemos á la nación.» (*Aplausos*). Se propone la orden del día como por desprecio. «Guardad vuestra orden del día,—responde Robespierre con sequedad,—si debe contener un preámbulo injurioso contra mí.» La Convención vota la indiferencia y la neutralidad entre los acusadores y el acusado. «¡Perezcan los ambiciosos, y con ellos nuestras sospechas y nuestras desconfianzas!»—exclama Rabaut Saint-Etienne.

VII

Difundióse la noticia del triunfo de Robespierre como una alegría pública entre la multitud que se agolpaba en los alrededores de Tullerías para compadecer ó vengar á su tribuno, cuya presencia en aquella noche en los Jacobinos atrajo un gentío inmenso que empezó á palmotear al entrar en la sala. «Que hable Robespierre,—dice Merlin;—es el único que puede dar cuenta de lo que ha hecho hoy.» «Conozco á Robespierre,—responde un miembro del club,—y estoy seguro de que callará. Hoy es el día más bello que ha visto nacer la libertad, pues es el día en que Robespierre, acusado y perseguido como un faccioso, triunfa. Su varonil é ingenua elocuencia ha confundido á sus enemigos, porque la verdad guía su pluma y su corazón. Barbaroux se ha refugiado en la barra; el reptil no podía soportar las miradas del águila.»

Manuel pide leer el discurso que había preparado para defender á Robespierre. «Robespierre no es mi amigo,—dice en su discurso;—casi nunca le he hablado, y le he combatido en el momento de su mayor poder; pero ha salido vírgen de la Asamblea constituyente. Sentado siempre al lado de Petion, estos dos hombres eran los generales de la libertad. Robespierre puede decirnos lo que dijo un romano: «Se me ataca en mis discursos; tan inocente soy en mis acciones». Robespierre nunca ha querido ser nada: está puro de esos días de Setiembre, en que el pueblo, perverso como los reyes, quiso también hacer su Saint-Barthelemy. ¿Quién lo sabe mejor que yo? Elevado sobre montones de cadáveres, prediqué el respeto á la ley.»

Collot-d'Herbois justifica los asesinatos. Barere los excusa. Admirado ya del entusiasmo popular que excita Robespierre, desdeñado por él aquella mañana, dice: